

Louis de la nada. La melancolía de Althusser

POR: MYRIAM ESTHER COTRINO NIETO*

Fundación de Psicoanálisis y Psicoterapias, Bogotá, Colombia

Gérard Pommier, *Louis de la nada. La melancolía de Althusser*. Buenos Aires: Amorrortu, 1999. 315 páginas.

«En la mañana del sábado 16 de noviembre de 1980, Althusser despertó a Pierre Etienne, médico de la Escuela Normal Superior: “¡Pierre! Ven, creo que he matado a Hélène... haz algo o prendo fuego a la casucha. Si esto continúa, creo que lo haré»¹. Este paso al acto en un sujeto psicótico introduce un amplio y detallado trabajo clínico y teórico sobre la psicosis maníaco-depresiva, la melancolía.

Gran sorpresa puede causar el que un filósofo de izquierda, reconocido intelectual francés y, además, analizante haya cometido este acto. Paso al acto descrito de manera aguda e incluso poética por Gérard Pommier. Reseñar su obra *Louis de la nada* resulta una tarea grata pero difícil, en cuanto cada capítulo y cada subtítulo son dignos de comentar; así se trate de temas repetidos en la literatura psicoanalítica, lo singular del caso y la agudeza del autor obligan a detenerse en cada uno de ellos.

Sin desconocer las diferencias, y guardadas las distancias, este libro evoca el trabajo de Sigmund Freud sobre el caso Schreber. Del mismo modo como el padre del psicoanálisis no trató directamente al presidente de la corte de

Dresde, sino que fue a partir del análisis del texto *Memorias de un enfermo de nervios* que desarrolló su teoría sobre la paranoia, Pommier, sin ser el analista de Althusser, se vale de los textos escritos por él: sus dos autobiografías: *Los hechos y El porvenir es largo*, el *Journal de captivité*, su correspondencia, la biografía establecida por Jean Moulrier Boutang y de algunos de los testimonios de sus contemporáneos para leer, en tanto es posible, los actos fallidos, el paso al acto, los sueños, los violentos cambios en su estado de ánimo y otras producciones del inconsciente de Althusser. También tuvo en cuenta la genealogía, los antecedentes de la vida familiar, de pareja, laboral y política del filósofo.

Si bien el tema central alude a la estructura psicótica, a lo largo del libro trae elementos relevantes sobre las estructuras neurótica y perversa. El autor se remite a Freud, a Lacan y a otros psicoanalistas, incluido él mismo, para dar piso teórico a su clínica. Su estilo y contenido nos permiten recordar el comentario que frecuentemente escuchamos cuando leemos sus diferentes libros: “es freudiano, lacaniano y clínico”.

PRIMERA PARTE. “FAMILIAS, LAS ODIÓ”

La constelación de la vida familiar de Althusser es la de una familia corriente, a la que él atribuye un vacío y la impresión de la nada: allí no pasaba nada. Esta “nada” —afirma Althusser— caracterizaba buena parte de su infancia, pero especialmente el deseo sexual entre sus padres, ellos “no se decían nada”. Así,

* e-mail: mcoctrino@hotmail.com

1. Gérard Pommier, *Louis de la nada. La melancolía de Althusser* (Buenos Aires: Amorrortu, 1999), 11.

interroga el deseo que lo precede: el origen y la existencia, preguntas propias de los niños y de los filósofos.

Varios de los aspectos de la vida de infancia del filósofo son abordados: la relación con la hermana, la alimentación, los amigos, los juegos, la escuela y, por supuesto, su sexualidad infantil, marcados todos por el control y la mirada de la madre, y por un padre, recordado de manera paradójica como ausente y violento. Padre disfrazado de perseguidor y figura obligada de la psicosis, que bajo las formas de violador, violento y erotizante acompaña el deseo incestuoso y el castigo consecuente. Párrafo a párrafo el autor nos sorprende con su capacidad de lector que escucha cada producción del sujeto y que anuda por los desfiladeros de la palabra las propias interpretaciones del filósofo a las del psicoanalista.

A la edad de quince años, Althusser se entera de las circunstancias en que queda inscrito su nacimiento; Charles, el padre, se casa con Lucienne, la madre, porque su hermano Louis, quien era el prometido de Lucienne, ha muerto. Su avión fue derribado en el cielo de Verdún durante la Gran Guerra. Así, el hijo primogénito lleva el nombre del prometido muerto, asunto repetido muchas veces en las autobiografías, considerándose amado por la madre en el lugar de otro, a quien sí amo, y no a su padre. Varios hechos de su vida cobran sentido en relación con este suceso. De manera especial, la encarnación de un duelo —el del amor de la madre— a perpetuidad y la realización de su propio deseo incestuoso, horror que lo abisma en la nada de la falta materna, dirá Pommier, señalando que hasta aquí parece no llegar el propio análisis de Althusser, y que quien realmente muere es Charles, el padre del filósofo, en la realización de su fantasma.

Durante su vida, pasa por graves y dramáticas hospitalizaciones en clínicas psiquiátricas y agradece al psicoanálisis haber salido de ellas. Las crisis que lo llevan al hospital se caracterizan por un estado de angustia invasiva, a la que describe como algo del orden de lo realmente intolerable, que linda con el infierno, y con un vacío que es insondable y espantoso. Precisa definición del filósofo sobre la angustia

que produce la identificación con el falo, característica de la psicosis, y que en este caso representa el duelo propio que Pommier nombra como por madre interpuesta, es un duelo del falo.

En la búsqueda de un nombre, Althusser se atribuye el nombre del abuelo materno, “Pierre Berger”, lucha contra la nada forclusiva, toma el nombre que ha cobrado valor fálico para la madre y la abuela, pero esta operación no lo inscribe en el orden simbólico en cuanto no corresponde al deseo de mujer de la madre sino al de la abuela.

Una serie de equivocaciones en los escritos autobiográficos permite concluir a Pommier que, en relación con este abuelo materno, el duelo por su muerte no fue nunca realizado. Queda entonces identificado con él y toma su nombre: “Me llamo Pierre Berger”. Por esta vía, el autor explica la fuerte carga de destrucción, de la propia vida y de la de los otros: “En realidad, quería destruirlo todo, mis libros, a Héléne a quien había matado, a mi analista, pero para estar realmente seguro que me destruía a mí como lo hacía en mi fantasía en mis proyectos de suicidio [...] quería destruirme a cualquier precio porque, desde siempre, yo no existía”².

SEGUNDA PARTE. EL FANTASMA DE SER EL “PADRE DEL PADRE”, ENVOLTURA FORMAL DE LA FORCLUSIÓN

Por diferentes caminos, Althusser arma escenarios para suprimir al padre. Toma un lugar privilegiado al lado de las figuras más representativas con las que se encontraba a lo largo de la vida y a las cuales luego pretendía aconsejar y criticar. Crea nuevas teorías que le permiten suponer teorías sin padre, en las cuales destituye de este lugar a Marx, a Nietzsche y al mismo Freud. En esta misma serie, trae el autor el hecho de que entre los años 1964 y 1977 es analizante de Diatkine, a su vez ex analizante de Lacan y antilacanian declarado.

2. Louis Althusser, *El porvenir es largo*, citado en Gérard Pommier, *Louis de la nada. La melancolía de Althusser* (Buenos Aires: Amorrortu, 1999), 81.

Freud, en su texto *Duelo y melancolía* (1915), señala como peculiaridad de la melancolía su tendencia a volverse en su estado opuesto, la manía; intenta explicar la posibilidad de alternar estos estados desde dos planteamientos: el primero, al que llama psicoanalítico y que se fundamenta en que ambas fases se basan en el mismo “complejo”, en el que el yo sucumbe en la melancolía y domina en su estado opuesto; y el segundo, el económico, el cual se explica por una descarga de la libido inhibida en la fase depresiva y activada en la fase maníaca.

Para Pommier, el mismo “complejo” es la pérdida del objeto y la gran ambivalencia hacia este. Dentro de este marco explica los actos cleptomaníacos de Althusser, quien durante la fase hipomaníaca robaba en los comercios y además hacía delirios en los que el tema concernía a grandes robos con características megalomaníacas. El autor señala un goce en la dimensión ilegal del acto cleptomaníaco con el riesgo para quien lo realiza de ser descubierto, acto mediante el cual intenta inventar un padre de la ley a la vez que confiere al objeto sobre el que recae el acto un valor fálico que le otorga un estatuto diferente al del objeto de un robo corriente.

TERCERA PARTE. PRIMERA RELACIÓN SEXUAL, PRIMERA INTERNACIÓN HOSPITALARIA

Althusser conoce a Hélène cuando él tiene veintiséis años y ella treinta y seis, la ubica en el lugar del ideal, como la que “sabe todo”, conoce muchos hombres importantes y sabe actuar. Además, Hélène había militado en el partido comunista, mientras él aún no era miembro, asunto teñido de gran ambivalencia para el filósofo.

Una semana después de la primera consumación del acto carnal con Hélène, lo invade la angustia y es hospitalizado por primera vez en Sainte-Anne, por entonces estaba llegando a los treinta años de edad. Pommier acompaña a Althusser en el análisis de la significación de esta relación, encuentra

en la persona de Hélène rastros de la madre, de la hermana, pero también, y sobre todo, del padre.

Hay un ciclo que se repite en las puestas en escena con las mujeres que lo atraen. Estas relaciones, tras una seducción inicial por parte de Althusser, no son consumadas, sino que terminan con una caída en el estado melancólico. Si bien todos los encuentros sexuales no cursan del mismo modo, sí está presente la búsqueda de estratagemas para salvarse del peligro del encuentro con la paternidad, peligro con el que el psicótico evita encontrarse por diferentes vías, bien sea permaneciendo en el lugar de hijo o entregando a otros padres sus propios hijos.

Pommier reconoce, en los escritos del filósofo, esbozos de ensayos literarios, algunos de ellos premonitorios: “Pluma en mano, no hacía más que anticiparse al momento en que, apresando el cuerpo de la amada, no iba a estrechar al final de su acto sino el cuerpo de un colgado”³. El autor, a partir de los relatos de Althusser, ilustra la relación íntima y estructural entre el orgasmo y la pulsión de muerte, es el vuelco de Eros sobre Tánatos que excita al perverso, hace fantasear al neurótico y amenaza al psicótico.

A lo largo de las notas del propio Althusser se pueden leer las consecuencias del lugar ocupado como analizante, cuando logra concebir teorizaciones sobre su inconsciente y los motivos en el acto homicida, aspecto reconocido por Pommier.

CUARTA PARTE. DE LA PALABRA A LA ESCRITURA

Para el autor, más que la confrontación entre diversas instancias en la manía y la melancolía, más que los avatares entre el yo y el objeto —elementos mencionados por Freud—, el punto a resaltar en el desenvolvimiento del conflicto, durante la crisis maníaca, es la palabra dirigida al otro, en cuanto este

3. Gérard Pommier, *Louis de la nada. La melancolía de Althusser*, óp. cit., 195.

otro cumple la función de imagen especular. Lo particular en el maníaco, a diferencia del neurótico cuando hace una agudeza, un chiste, es que el primero trabaja la materia verbal mientras que para el segundo lo que importa es el otro. En el discurso maníaco las palabras quedan reducidas a su valor sonoro y pierden su significación.

Pommier se vale de algunos apartes en los que muestra cómo Althusser en los escritos, bajo el talante maníaco que invita a la risa, primero seduce para luego decepcionar, utiliza las palabras como cosas y no permite concluir exitosamente el sentido del relato, no hay un tercero en el chiste, del cual se haga gracia, lo que tenemos es una fuga de ideas y unos pensamientos incongruentes que ignoran y sacan de escena al interlocutor. Y si el interlocutor cae, el locutor también. “Cuando cede la pantalla de la relación del semejante con el semejante, las cosas se deshilvanan, dejando que sus perros desatados escapen de ellas y se abatan sobre la carne. Su antropomorfismo no viene a reclamar lo que le es propio al lugar del que proviene”⁴.

Durante varias páginas, Pommier realiza un delicado y juicioso estudio del valor del significante, de lo que va de la cosa a la palabra, que se va tejiendo desde la infancia misma y que a través de un padre depositario de la significación fálica da un orden a la existencia, a la diferencia sexual. Así, la palabra que remite a otra palabra protege de la cosa, de la angustia que esta causa.

Por esta vía explica el proceder compulsivo y la prolijidad que caracterizan la escritura en la fase maníaca, excesiva

en Althusser. La escritura sosiega, porque en su contenido permite sacar los fantasmas de los muertos introyectados de la propia casa y ponerlos fuera, sobre el papel.

QUINTA PARTE. NO-LUGAR DE LA FRATERNIDAD

Este último apartado lo dedica a un análisis de las militancias políticas y religiosas de Althusser, quien fue primero militante en el catolicismo y más tarde en el comunismo, doble pertenencia con una sola búsqueda: la fraternidad, que triunfa sobre la presencia del padre.

El análisis realizado por Pommier se orienta hacia la elaboración de interpretaciones sobre la fe cristiana y el catolicismo en la modernidad, reflexiones que lleva a la militancia política de izquierda y en las que encuentra un parecido con el cristianismo. Mediante sus escritos, Althusser consigue hacer inteligible a Marx para una generación, y como autor se procura un nombre, de tal forma que sus fantasmas y sus delirios son insertados en los ideales de su época.

El psicoanalista pareciera acompañar a Althusser a través de su autobiografía hasta un final de análisis, subtitulando el último apartado del libro “Articulación de la teoría y el fantasma”. En esta parte, vuelve sobre el primer capítulo en la historia de este filósofo, en el que se refiere a ese *Louis de la nada*, quien, sobre la vacuidad de un cuerpo, asienta un pensamiento que *especula* para escapar a la *mirada* de la madre y tener su propia *especulación*.

⁴ *Ibíd.*, 228.

La fortuna encerrada en los infortunios

POR: LUISA FERNANDA GÓMEZ LOZANO*

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá

Gabriel Lombardi, dir., *Infortunios del acto analítico*. Buenos Aires: Atuel, 1993. 175 páginas.

En una primera aproximación llamamos infortunio del acto analítico al efecto en lo real de algo que no anda bien donde hay —o hubo— un analista. Que el efecto sea en lo real, más allá de la significación, es lo que da el valor que tiene a la presentación bien recortada de una interrupción del análisis, de un fracaso, de un pasaje al acto, y sobre todo, de un *acting out*.¹

Diferentes autores; ideas que se entremezclan, discuten y se enriquecen entre ellas; épocas variadas de la conceptualización respecto al acto toman lugar en este libro. Organizado de manera que el lector se interna poco a poco en las coordenadas en que se inscribe el infortunio del acto analítico y, por lo tanto, el acto mismo, cada uno de los artículos que allí aparece ilumina un poco más alguno de los rincones —coordenadas— que lo estructuran. ¿Qué es un acto?, ¿qué distingue al acto analítico de otros actos?, ¿de quién es el acto?: preguntas que sostienen esta compilación, que se empeña en seguir la directriz lacaniana según la cual para saber del acto es necesario preguntarse por sus infortunios.

* e-mail: luisagomezl@gmail.com

1. Gabriel Lombardi, “El acto analítico considerado a la luz de sus infortunios”, en *Infortunios del acto analítico* (Buenos Aires: Atuel 1993), 68.

En el seminario sobre la angustia, al hablar del paso al acto y el *acting out*, Lacan remite a su auditorio al artículo “Problemas generales del *acting out*”, de Phyllis Greenacre; allí, según él, se encuentran observaciones muy interesantes que al ser leídas con las coordenadas lacanianas darían luces sobre cómo actuar frente al *acting out*. En su artículo, P. Greenacre caracteriza el *acting out* como dificultad para la asociación libre y por lo tanto para la interpretación en el transcurso de un análisis, propone como posibilidades para su enfrentamiento la prohibición del *acting out*, su interpretación o el fortalecimiento del ego del analizante; las dos primeras son descartadas, confirmando la tercera como la vía a trabajar en la búsqueda por hacer frente al *acting out*. Es con este artículo de P. Greenacre, en que expone la relación entre el *acting out* y el lugar del analista, que da comienzo esta compilación enmarcada en el título *Infortunios del acto analítico*.

En respuesta a P. Greenacre, Adriana Rubinstein da su lectura respecto al comentario de Lacan sobre “Problemas generales del *acting out*”. Desde la perspectiva lacaniana, el *acting out* pone en juego lo que no puede ser dicho, lo real; lo que allí se muestra es el objeto *a* en cuanto resto. Nuevamente aparece la pregunta por cómo actuar frente al *acting out* y A. Rubinstein despliega las vías por las que Lacan apoyará a Greenacre en el descarte que hace de las opciones de prohibición e interpretación del mismo; desecha también la opción de fortalecer el ego para pasar a explicar la manera en que el *acting out* está en relación con la transferencia, en

este sentido el *acting out* es llamado al analista, convocándolo a su lugar.

¿Qué implica un acto... verdadero? ¿Quién es el sujeto del acto? En su artículo "Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto", J. A. Miller habla del acto como siendo siempre un pasaje, el atravesamiento de un umbral significante. El carácter de destrucción que guía al sujeto impone cuestionar el ideal de la conducta racional y entender el acto como un "suicidio del sujeto", puesto entre comillas para indicar que él puede renacer de ese acto, pero lo hace de una manera diferente. Este cambio guarda relación con el código; el sujeto que precede al acto no es el mismo que tendrá lugar después. El acto, significado así por sus efectos, lo es en tanto que desde allí se da una reorganización en la relación del sujeto con el código, da lugar a un sujeto diferente. "En el corazón de cualquier acto hay un ino! Un **no** proferido al Otro"², dice Miller en su artículo, y pasa a diferenciar el paso al acto del *acting out*, este último necesita del Otro, del espectador; el acto en cambio es siempre auto, separa del Otro, toma sus coordenadas del lenguaje para luego presentarse mudo.

A continuación, Gabriel Lombardi escribe "El acto analítico considerado a la luz de sus infortunios". En este artículo, Lombardi relaciona el acto con la responsabilidad; evoca la afirmación lacaniana: de nuestra posición de sujetos somos siempre responsables. Desde allí pasa a recordar que la estructura se define con referencia a la localización del sujeto respecto del Otro, S_2 ; de esta forma, hay una responsabilidad del sujeto en relación con su posición. Se detiene entonces a examinar el lugar del acto en la neurosis y la psicosis, develando la determinación de las estructuras por su relación con el acto y, a su vez, la de este con S_2 . El acto, como aquello que va en el sentido del "no pienso", propone un encuentro con lo real que tiene impacto en la relación

2. Jacques-Alain Miller, "Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto", en *Infortunios del acto analítico*, óp. cit., 47.

del sujeto con el goce. Posteriormente, Lombardi se ocupa de los encuentros y desencuentros entre la teorización de J. L. Austin sobre los enunciados performativos y la teorización lacaniana del acto. Así, llega a la idea de que "el acto sería un caso — ¿el único?— en que el significante tendría la función de significarse a sí mismo"³, lo anterior confluye en el acto austiniano como autorreferencia del significante; aclara entonces que en la medida en que el significante no puede significarse a sí mismo, el significante del acto es arrojado fuera de lo simbólico, "el significante, en el acto, entra en lo real"⁴. En la última parte de su escrito, G. Lombardi se ocupa del *acting out* como la «"mostración" del resto que el analista ha de encarnar para elevarlo a la función de causa del deseo»⁵; el *acting out* aísla el objeto que posibilita la separación, dirá más adelante, indicando al analista el lugar donde es esperado en la estructura; de esta forma, el *acting out*, en cuanto acto —malogrado, pero acto— está sostenido en las coordenadas estructurales del acto mismo. Para terminar, diferencia el infortunio del encuentro en cuanto eficacia del acto analítico del infortunio del acto analítico, aclarando que "no es lo mismo la falta de garantía —con que se publicita el charlatán lacaniano— que la garantía de la pérdida de la que se hace cargo un analista"⁶; por esta vía pasará a ocuparse del sujeto destituido como respuesta de lo real interrogado con el acto analítico.

En la segunda parte del libro, "Experiencia del acto", se estudian cuatro viñetas clínicas. En el primer caso, Silvia López, desde el lugar de analista para una mujer que ha tenido varios intentos de suicidio, recurre a la literatura para el análisis del caso, al movimiento *Sturm und Drang* y las coordenadas en que se desarrollan los avatares de sus personajes; desde

3. Gabriel Lombardi, "El acto analítico considerado a la luz de sus infortunios", en *Infortunios del acto analítico*, óp. cit., 63.

4. Ibíd.

5. Ibíd., 68.

6. Ibíd., 71.

allí localiza como puntos importantes en referencia con el acto suicida la posición ante el amo, la decepción amorosa o el subjetivismo extremo y la tentativa de suicidio. Entra entonces, con estos elementos, en la singularidad del caso para así develar el lugar del acto suicida en la vida de la analizante, y termina preguntándose por la relación del *acting out* y el paso al acto. A continuación, Liliana Szapiro despliega el análisis que corresponde al *acting out* de uno de sus analizantes, haciendo posible la reflexión en torno a la articulación entre la demanda de amor, la pulsión, el objeto a y el lugar del analista. Las otras dos viñetas son dos casos de psicosis: en el primero, Daniel Sillitti da cuenta de un acto que da lugar al delirio que estabiliza la psicosis; el segundo, un caso de paranoia femenina a través del cual Luis Izcovich se pregunta por el estatuto del paso al acto en la evolución de una psicosis.

En la tercera y última parte del libro nos encontramos con tres artículos relacionados con la filosofía del acto. Los primeros dos son del filósofo John Langshaw Austin, dos conferencias dictadas por él en la Universidad de Harvard, en 1955. En “Las expresiones performativas”, Austin comienza por cuestionar la definición del enunciado que es acogida por filósofos de su época para pasar, posteriormente, a ocuparse de aquellos que llamará performativos —que realizan— en los que “la expresión de la oración es, o es una parte de, la realización de una acción, que nuevamente no puede ser descripta como decir algo”⁷. Al respecto anota que en estos casos no se enuncia lo que se está haciendo, sino que se lo hace al enunciarlo; aclara, sin embargo, que si la acción realizada no consiguiera el fin esperado, no podría hablarse allí de una expresión falsa o una no enunciación, sino más bien de un “movimiento en falso”⁸.

En el segundo artículo de Austin, “Introducción a la doctrina de los infortunios”, este parte de su exposición sobre las expresiones performativas para avanzar en la pregunta, que ya se ha vislumbrado allí, por las condiciones que rodean el logro o la falla del acto que se realiza en su expresión; propone que se denomine la “doctrina de los infortunios” al estudio de esas situaciones en las que el acto falla. Se da a la tarea de enumerar las condiciones que deben rodear la expresión para que esta se logre; desde allí anuncia que si algunas de las que él ha dado en llamar “reglas” es transgredida, la expresión preformativa será desdichada; da cuenta entonces de su clasificación de los infortunios, desarrollando la explicación correspondiente a cada uno de ellos. De esta forma, las ideas de Austin se presentan como una puerta abierta que puede dar luces a los infortunios del acto analítico.

Silvia Szuman, en el último artículo, escribe algunas “Consideraciones acerca de la teoría del acto en la filosofía”. Recorre rápidamente las propuestas que sobre el movimiento hicieron filósofos como Heráclito o Aristóteles, pasando por las de Platón. Ahonda en ideas de Kant, Fichte y Freud, “que confirman lo afirmado por Lacan en el sentido que el acto aparece subsumido en desarrollos que tocan el pensamiento y la existencia”⁹; posteriormente va un poco más allá al preguntarse por el comienzo de lo real, y lo sitúa en relación con la localización significante. Para terminar, S. Szuman se pregunta: “¿Dónde ubicar el comienzo?” A lo que responde: “En el acto”¹⁰. «El sujeto nace en tanto que en el campo del Otro surge el significante. Pero por ese mismo hecho, “eso —que antes no era nada, sino sujeto por venir— se cuaja en significante”»¹¹.

7. John Langshaw Austin, “Las expresiones performativas”, en *Infortunios del acto analítico*, óp. cit., 139.

8. *Ibid.*, 144.

9. Silvia Szuman, “Consideraciones acerca de la teoría del acto en la filosofía”, en *Infortunios del acto analítico*, óp. cit., 161-162.

10. *Ibid.*, 173.

11. *Ibid.*, 174.

